

Carlos René Correa

## Figuras de la moderna poesía chilena

Carlos René Correa, poeta justamente apreciado en el ambiente literario de nuestro país, y autor de algunas antologías en las cuales ha demostrado un juicio sereno y reposado, inicia ahora en «Atenea», estas semblanzas de algunos de los valores más altos de nuestra lírica, que seguramente serán de gran interés para nuestros lectores, por su sincero afán de interpretar a los autores a los cuales están dedicadas.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA  
(1877)



L poeta Pedro Antonio González, que publicara en 1895 su libro «Ritmos», trajo a la poesía chilena una renovación más en la forma que en el contenido. Imitó a Rubén Darío y fué un romántico.

Justamente en los comienzos del siglo XX se inicia en Chile un movimiento renovador de la poesía y los poetas comienzan la realización de una labor típicamente chilena: interpretan el paisaje y las costumbres chilenas. Diego Dublé Urrutia, después de publicar en 1898 su primer libro «Veinte Años», da a la estampa en 1902 su hermoso libro, de hondo significado y acento personal, que titula «Del mar a la montaña». Junto con Dublé Urrutia se destacan en este movimiento de poesía vernácula, entre otros, Carlos Pezoa Véliz y Samuel A. Lillo.

Dublé Urrutia descubre las minas como motivo de cantos estremecidos de belleza y angustia; ahonda los temas del mar y poetiza leyendas populares. Samuel A. Lillo canta a la tierra de Arauco y es un paisajista refinado. En cambio, Carlos Pezoa Véliz mira más al hombre, al de los campos y al del suburbio; convive con él y descubre la sonrisa picaresca del huaso y la tristeza del habitante del conventillo.

Dublé Urrutia triunfa con su libro «Del mar a la montaña» y a pesar de su juventud, se destaca en el primer plano de los poetas en esos años.

Ha de quedar viva la estampa de su «Procesión de San Pedro y bendición del mar», que dice en una de sus estrofas:

«¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas,  
mes en que hacen los pavos su testamento  
y en que las rubias ostras—monjas clarisas—  
rompen la celda nácar de su convento;  
mes que envuelve en corrientes y camanchacas  
las solitarias islas del mar amargo,  
y en que si el pasto verde sobra a las vacas  
también está la muerte de mantel largo;  
hoy es tu último día: lo dice el tono  
de las campanas ebrias y el grito humano  
con que sale a la pesca con su patrono  
todo lo que hay de lobos en Talcahuano».

Los devotos marineros festejan al Santo Patrono; el mar que estaba en calma, súbitamente rompe sus olas de tormenta y en un dos por tres, la imagen de San Pedro cae a lo profundo del mar. El poeta nos cuenta en el Epílogo:

«¡Llueve! ¡Llueve! La noche lo cubre todo.  
Ruge la mar de junio como una fiera  
y es cada calle un río de lluvia y lodo,

y el retumbar del trueno ya desespera.  
¡Llora! San Pedro; llora! No hay un cristiano  
que alrededor del fuego no se caliente:  
pasa el mate quemando de mano en mano,  
baja por las gargantas el aguardiente;  
y hasta en los camarotes de algún navío  
gozan, su pipa el viejo, su ron el mozo,  
sólo el Señor San Pedro tiembia de frío  
en lo más escondido del mar furioso».

Dublé Urrutia es el poeta descriptivo que a la vez capta los sentimientos y el fondo anímico de los personajes de sus ficciones; llega a menudo a la leyenda que relata armoniosamente, las tristezas de amor de una moza; que refiere la vida de un rancho costeño, todo en un fondo de acuarela, bruñido por el sol, con aire salino y bruma, como en su poema «El Caracol». Dublé Urrutia fué durante su juventud un espíritu inquieto, sacudido por ideas que estaban distantes del catolicismo. La diplomacia lo aleja largo tiempo del país y viaja por el extranjero. Súbitamente acaso, su espíritu encontró la nueva ruta y llegó su vida a confundirse con la verdad cristiana, a encenderse más tarde con el fuego del convertido al catolicismo. El poeta también se purifica.

Mudado de raíz, Dublé Urrutia inicia una nueva jornada y su verso ahora tiene un estremecimiento muchos más hondo, una supremacía indiscutible. Lo objetivo ha quedado ya muy distante y la línea cristiana de su verso se ennoblece con el aceite de las lámparas votivas de las catacúmbas romanas...

La vida adquiere para él un profundo sentido de verdad y no sin desolación y confianza, dice en su poema «Taciturnitas»:

«Que otros busquen tu sentido  
o inquietan Vida, tu intento...  
Ya no te peso, ni mido.

Te bendigo, o te lamento.  
Lloro tu amor, o tu olvido.  
Vivo al viento...

Soñé otrora, en tu corriente  
sondar el fin de tu abismo,  
y como el sauce en la fuente  
maternal, me hallé a mí mismo...  
¡Ay! lloraré eternamente  
tu espejismo...

Temerario; no vencido,  
grité mi ansia a las estrellas,  
y mi alma, planeta herido,  
partióse a volar con ellas...  
¿Sidéreo silencio?. ¿Canto?...  
¿Nieva llanto?  
¿Son sus huellas!...».

El poeta, lo adivinamos, permanece en un éxtasis puramente contemplativo; se le ha revelado el milagro de Dios, de los misterios de su Iglesia y ante sus ojos se abre un horizonte cristiano. San Francisco de Asís le ha salido al camino en misión renovada de paz, de poesía humilde. A nuestro poeta le ha brotado entonces: «Fontana Cándida», que envía como un mensaje de sus horas de comunicación con Dios; palabras que se transforman en confidencia y en oración:

...«Para mí, nada pido,  
dadme una rama de árbol, una roca,  
y la tendré por nido.

Mi nombre pronunciado  
con ánimo gentil por vuestra boca,  
me hará creerme amado.



Evocad mi memoria  
al ver una luciérnaga, una estrella,  
y me daréis la Gloria».

El poeta es ahora un asceta que comprende la verdad de la llama divina, que alcanza a entrever el candil encendido en la noche oscura del alma... La caridad y el amor ocupan todo su recinto: ¡está transfigurado!

Se ha mirado en su fontana transparente; ya la tierra no le interesa como fin sino que como camino hacia el celeste Reino, y por eso dirá emocionado en «Noche Amalfitana»:

«Ya, la diaria fatiga  
me rinde. Viene el sueño. Llega tu hora  
¡Noche! mi buena amiga...

¡Mar! mi viejo cariño,  
que tu queja perenne, hasta la aurora  
me arrulle, como a un niño...

Vierte, piadosa, luna,  
sobre mi lecho de hombre un sueño blando  
como sobre una cuna;

Y tú, cuando mañana  
raye el alba, ¡despiértame cantando  
matutina campana!

Quiero ser el primero  
que alabe, alondra, al Donador del día,  
al que sembró el lucero.

Y vació en este vaso  
de barro atormentado, el alma mía,  
candil de aceite escaso.

Ayer, . . . ya, claro albor  
de aurora en esta noche amalfitana;  
mañana ¡luz! . . . mañana  
grito de incendio: ¡Amor!

Un análisis de la ruta poética de Diego Dublé Urrutia, nos permitirá fácilmente deslindar las dos jornadas de su vida, sin duda que la última más interesante por la profundidad de su poesía y la emoción mística que la vivifica. El poeta de la tierra, se ha tornado ahora en poeta de Dios y sus aguas cristianas tienen una cruz, que no es otra que la lección del espíritu del artista que camina seguro hacia el horizonte deseado y adivinado tantas veces.

ERNESTO GUZMÁN  
(1877)

Ernesto Guzmán ha enriquecido la poesía chilena con una veta personalísima, especialmente en sus últimos poemas. Verso blanco, metro libre; nos sentimos en compañía de un gran espíritu leyendo su poema que dice en una estrofa:

«Nací en mi verso claro y en mi palabra dura;  
ansié sentir el pulso de Dios en cada uno.  
Mi tierra unció a mis manos esfuerzos de hermosura;  
por eso no he pedido mi báculo a ninguno».

Vive retraído de círculos literarios; va solo con su báculo de peregrino y su ilusión nunca perdida; el canto le llega como agua de riego; abre las ventanas de su casa solitaria para que penetre a su interior la luz del sol y surja la belleza tamizada en una llovizna de oro . . .

A través de toda la obra de Ernesto Guzmán aparece el pensador hermanado al poeta que sólo ambiciona decir exacta-

mente la belleza que lo invade, sin desnaturalizar la profundidad del pensamiento. En sus jornadas primeras se insinúa una lejana influencia de Miguel de Unamuno, quien ha prologado uno de sus libros. Como el ilustre español, el poeta chileno oculta cierto ascetismo espiritual y campo sin agua; a veces la sequedad es inmensa, pero hasta en el polvo que arrastra el viento, en la brizna que muere calcinada, hay poesía humana y divina y el amor es candente.

Está en actitud perpetua de alabanza al Creador; la naturaleza lo sorprende y le comunica un himno que él traduce en versos tan sinceros y vigorosos como aquellos con que se inicia «La Fiesta del Camino»:

«Gracias, porque mis ojos están nuevos,  
todavía, y mi cuerpo está liviano!  
Gracias por este blando sacramento  
de ponerse a vagar, y que es amparo...

«Gracias por el verdor que me recubre  
con unciosa acogida y que me llama;  
gracias por los caminos que me invaden  
y me confortan en mi acción humana...».

Ernesto Guzmán es el poeta de los caminos desconocidos; él no busca la vanagloria, el estrépito del mundo; sabe hablar con las criaturas y elevar su himno agradecido al Celeste Dueño de su viña.

Siempre se recordarán unos versos suyos que por la profundidad que encierran y por la belleza que regalan, figuran en lo más selectos de nuestra poesía. Es una breve «Inscripción de Cementerio» que nos sale al encuentro:

«Tierra de corazones que han sufrido, humanizada tierra, aquí ha salido en la flor, hecha carne perfumada, a invadir los senderos... ¡La pisada sea blanda y piadosa, peregrinos, porque no se lastimen los caminos!».

En la poesía de Ernesto Guzmán encontramos la sensación del hombre que se humilla ante lo humilde y se engrandece ante el orgullo humano; sabe él los salmos de la Biblia y los dice veladamente en sus versos llenos de recogimiento, de música que se comunica en la desolación y la nostalgia. Cómo no sentirnos hermanados en la limpia poesía que fluye casta de estos versos de «El Campo», íntima confesión de su presencia en medio de las cosas:

«Siento un hervor de campo ¡sosegado y santísimo hervor! bajo la capa de mi corteza espiritual: la quieta y arrobada oración de las inmóviles aguas de las lagunas, al sentirse penetradas y llenas por la casta, por la serena afirmación del cielo».

Todo en su espíritu se convierte en oración que nace como la luz y que invade su recinto; el amor, la piedad humana, lo acercan a misteriosas capillas en las que hay una oración desnuda ante Dios que lo escucha. Apacible beatitud invade al poeta; su río corre sosegado, porque lleva aguas profundas y su destino está señalado en el riego de la tierra y ofrece los diamantes nocturnos, caídos como mariposas.

La luz interior de Ernesto Guzmán ha dado, sin duda, excelentes frutos; sus ojos, aislados de un mundo puramente material, que muchas veces turba la serenidad, alcanza a penetrar en el sentido más recóndito de las bellezas ocultas, de la armonía que renace a cada instante en el universo. El busca la semejanza



de la labor campesina con la realización espiritual de más altos trabajos que ennoblecen al hombre. Ha experimentado la emoción de lo pequeño y por eso dirá en «Agua de Riego»:

«Agua de manos blandas y livianas,  
agua maravillada, agua de riego...!  
Como frase de niño que refresca  
los áridos pensares del abuelo  
y le ablanda durezas del espíritu,  
así vas penetrando en el sembrado  
y haces tuya la tierra: te agradece  
el terrón, y los brotes te hacen sombra  
con ingenua insistencia, porque ni halles  
tan caluroso el sol; y te saludan  
con amor infantil aquellos tallos  
todavía distantes... y tú sabes  
que gravita en el aire un regocijo  
y una inmensa ternura; y nada dices  
que son los hijos tuyos!

Agua, corre  
y fecunda este valle, y pon tus labios  
en todas las raíces: tú refrescas  
el corazón del campesino; agrandas  
sus ocultos monólogos, y abrigas  
de santidad su aspiración. Son hondos  
tus rumores para él, pues que le saben  
a encantos de arboledas, a cercanas  
desenvolturas de hojas, a visiones  
de creceres continuos, y le envuelven  
en un sonar de espigas al espíritu.  
Vienes a ser impulso en su latido;  
verdura y claridad, en su esperanza;  
acelerada sangre, en el brazo;  
calor de besos y arrullar de cunas.

«Algún grano de trigo saldrá un día  
de estos endebles tallos que hoy empapas  
a contar en las hostias el milagro  
continuo de tus dedos fervorosos».

Aquí tenemos al poeta frente a las criaturas, haciendo el elogio fino de ellas, de sus matices más imperceptibles, del significado simbólico que le ofrecen.

Se ha dicho que la poesía de Ernesto Guzmán por filosófica es fría; ciertamente que muchos de sus poemas ofrecen este aspecto, que no condenamos; pero queremos señalar también que a menudo el poeta alcanza límites extraordinarios de emoción, de profunda raíz anímica. En uno de sus últimos poemas, «Pañuelito», dice:

«Pañuelito que conservo  
con una aroma de lágrimas...  
cuando me muera, pañuelo,  
te pongan sobre mi cara...  
Yo te aseguro, pañuelo,  
que a ti ha de volverse mi alma...  
Con un rumor de raíces  
ha de empezar su llegada,  
y de la frente a la boca  
hará que flores me nazcan...  
De las pupilas me brotan  
unas corolas tan claras  
que puedan mirar con ellas  
el aroma de unas lágrimas...  
Por eso, cuando me muera,  
te pongan sobre mi cara...!»

El poeta vive imperturbable en la serenidad de sus caminos, bajo la sombra del «árbol ilusionado»; su alma se purifica, como su poesía, en la fina soledad y en el misterio.

CARLOS PEZOA VÉLIZ  
(1879—1908)

En torno de la vida de Carlos Pezoa Véliz se ha tejido una madeja de leyenda, lo que ha beneficiado al poeta. Pezoa Véliz ha pasado a ser un poeta con cierto aire mitológico y, por lo mismo, más interesante. Un análisis de su labor nos permitirá conocer al primero que en Chile logró interpretar en forma justa, precisa, profunda, el dolor de los humildes.

Como el poeta fué un enamorado de la vida de los pobres, se encontró necesariamente con la tierra y lo popular. Nadie como él ha descrito con mayor sarcasmo dramático la vida y la muerte del pobre diablo; no olvidemos que después de la postrera paletada, «nadie dijo nada». Los perros lanudos y sucios del barrio popular; el rezongo del organillo que se pierde en la anochecida... Hay consuelo «para el dolor de los vagos»...

«En los rezongos lejanos  
de algún organillo viejo  
que marca versos indianos  
y polkas de estilo añejo».

Pezoa Véliz abrió sus ojos ante la naturaleza chilena y experimentó el crecimiento de lo vernáculo en su verdad de poeta que debía cantar y llorar; no dejó nunca de hacerlo y si leemos con recogimiento sus poemas, hallaremos esa veta humana del hombre que quiso reír para no ser triste.

El poeta es testigo de un entierro campesino; el colorido de la escena y su profundo significado lo han conmovido. Nos quedan sus versos como vibración de ese momento:

«Con un cadáver a cuestras,  
camino del cementerio,  
meditabundos avanzan  
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descenden  
por Marga-Marga hacia el pueblo,  
cuatro luces melancólicas  
que hacen llorar sus reflejos;  
cuatro maderos de encina,  
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora  
por la eterna paz del muerto;  
ruidos errantes, siluetas  
de árboles foscos, siniestros.  
Allá lejos, en la sombra,  
el aullar de los perros  
y el efímero rezongo  
de los nostálgicos ecos».

Pezoa Véliz nos entrega lo que pudiésemos llamar la composición de lugar y lo sabe hacer en forma viva, solapadamente extraña, envuelta en cierta milagrería campesina. El entierro de campo va por los caminos de la lluvia.

En sus versos de juventud imitó a Pedro Antonio González y se dejó conducir por la apariencia de la poesía, sin llegar a paladearla plenamente; el poeta buscó, entonces, la soledad para llegar a ella y descubrir el «alma chilena» que da origen a uno de sus libros más valiosos. Nos habla con sencillez de sus impresiones, va a lo que es estrictamente sustantivo; ha penetrado en el espíritu de «el pintor pereza», acaso una interpretación de su propia personalidad atormentada; de su espíritu burlón y triste:

«El pintor no lee, la lectura agobia,  
y anteojos de bruma pone en la nariz;  
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,  
y todas las cosas con máscara gris.



Su mal es el mismo de los vagabundos:  
fatiga, neurosis, anemia mortal,  
sensaciones raras, sueños errabundos  
que vagan en busca de un vago ideal».

Exacto reflejo de su persona, de su espíritu perdido en medio de la materia humana, a veces demasiado apagado, pero seguro de tener en su centro el fuego sagrado; nunca el poeta podrá renunciar a los vaticinios, a los símbolos, a la dramática tristeza.

«No era Pezoa Véliz, afirma Armando Donoso, ese hombre del pueblo que dieron en afirmar sus biógrafos y sus amigos, acaso para explicar mejor el fondo decorativo en algunos de sus poemas. El escritor que concibió *Pancho y Tomás* y *Alma Chilena*, no hizo otra cosa sino responder el influjo de la moda literaria, cuando estaba muy en boga cierta literatura de tono rústico, de ambiente popular, impuesta por la influencia del naturalismo europeo, de escritores franceses como Zola o de novelistas rusos como Gorki».

Se enroló Pezoa Véliz a ese movimiento autóctono, que cantaba la tierra chilena, las costumbres criollas y que recogía el folklore. Concibió sus poemas al contacto directo con lo que la vida le deparaba y llegó a ser un eco fiel de los sentimientos populares. Su poesía es culta pero no elegante; el estilo no seduce por su casticismo, pero, en cambio, su canto ofrece un profundo sentido humano que no permite al lector pasar sórdidamente.

Pezoa Véliz es el poeta de los humildes; su verso escueto y simple como la tierra, se aclara a veces con una luz de sol débil, otras, está señalado por una cinta de otoño gris. Con cierta displicencia, que en el fondo envuelve nostalgia y desolación, escribe en el poema «Nada»:

«Era un pobre diablo que siempre venía cerca de un gran pueblo donde yo vivía; joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido; siempre cabizbajo.. ¡Tal vez un perdido! Un día de invierno lo encontraron muerto dentro de un arroyo próximo a mi huerto, varios cazadores que con sus lebreles cantando marchaban.. Entre sus papeles no encontraron nada... Los jueces de turno hicieron preguntas al guardián nocturno: éste no sabía nada del extinto; ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto. Una chica dijo que sería un loco o algún vagabundo que comía poco, y un chusco que oía las conversaciones se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones! Una paletada le echó el panteonero; luego lió un cigarro, se caló el sombrero y emprendió la vuelta... Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada...»

Ha sintetizado a un tipo de nuestro pueblo en ese «pobre diablo»; los hombres ignoraban su historia y la muerte vino a sellar el misterio de sus pasos humanos; una paletada cayó sobre la tierra del hombre.

La poesía de Carlos Pezoa Véliz nos deja la impresión de una profunda tristeza que se acrecienta a través de los mínimos detalles que él sabe destacar con verdadero acierto. Es un artista de la pequeña poesía y por eso ha escrito la gran poesía del hombre y de su medio ambiente.

Muchos de sus poemas tienen el sentido del relato; no es difícil seguir su desarrollo, porque los temas son cotidianos y están tomados de nuestra vida rural o de los suburbios de la ciudad. Quien busque profundidad poética pura, elegancia

de vocablos, estilo quintaesenciado, despreciará la poesía de Pezoa Véliz. El jamás pretendió aparecer como un hombre de extraordinaria cultura o un poeta de inspiración universal.

En su vida hubo siempre desasosiego, profundas alteraciones psíquicas, que influyeron en su poesía dolorosa, reflejo de la vida del campo chileno. Más allá de esas actitudes objetivas en su expresión, se señalan sus poemas íntimos, todavía más dolorosos que los anteriores. Entre ellos «Tarde en el Hospital», a pesar de su discutida originalidad, marca la estremecida presencia del poeta en medio de su soledad, frente a la muerte. Afuera llueve, «cae el agua» y se extingue la luz. Como esa lluvia lenta, nos llega ahora la esencia de la poesía de Pezoa Véliz, cantor de la tierra chilena, del alma de nuestro pueblo que es triste y alegre; antítesis de la raza y fuerza de la sangre simbolizada en un río solitario.